



Cultura moche como base de la identidad de un nacionalismo peruano

Moche culture as a base of the identity of a Peruvian nationalism

Javier Gómez Sánchez

Universidad César Vallejo, Perú

profejgs@gmail.com

Recibido/Received: 17/09/2017

Aceptado/Accepted: 18/12/2017

RESUMEN:

Desde la primera mitad del s. XX, el continente americano ha sido testigo del avance del indigenismo. A través de su vertiente cultural y antropológica, el indigenismo se ha ido presentando como una corriente cada vez más consolidada y más capacitada para suplantar en el Perú a los viejos símbolos del nacionalismo. Al mismo tiempo, dada la fuerza simbólica que proyecta la civilización incaica, por su poderío militar y su vasta expansión territorial, inexorablemente se ha ido imponiendo su recuerdo para sustentar el mito que legitima el vínculo entre el Estado peruano y los sentimientos identitarios de sus naciones.

Se observa así una instrumentalización cada vez más frecuente de los incas como mito del origen de la alta cultura peruana, tanto en la educación elemental, como en el marketing, en el arte o en la industria del turismo.

En el presente artículo analizaremos cómo, si bien la suplantación de los viejos símbolos resultó ser muy eficaz, el resultado de este proceso está siendo discutido por otras construcciones identitarias a través de mitos promovidos por el hallazgo y explotación de ejemplos regionales de alta cultura que pueden remontarse a tiempos anteriores al Tahuantinsuyo. Es el caso de los departamentos de La Libertad y Lambayeque, donde los proyectos arqueológicos en derredor de las culturas moche y chimú están logrando construir un modelo de sustentación identitaria que en distintos escenarios se enfrenta a la idea centralista de elevar las instituciones cusqueñas prehispánicas como el paradigma peruano de su origen

Palabras clave: Identidad; indigenismo; nacionalismo; moche; cultura

ABSTRACT:

From the first half of the s. XX, the American continent has witnessed the advance of indigenism. Through its cultural and anthropological aspect, indigenism has presented itself as an increasingly consolidated and better able stream to supplant in Peru the old symbols of nationalism. At the same time, given the symbolic force projected by the Inca civilization, due to its military power and its vast territorial extension, its memory has inexorably been imposed to support the myth that legitimizes the link between the Peruvian state and the identity sentiments of its nations.

To observe thus an instrumentation more and more frequent of the Incas as myth of the origin of the Peruvian high culture, as much in elementary education, as in the commercialization, in the art or in the industry of the tourism.

In the present article we will analyze how, although the impersonation of the results of the brands proved to be very effective, the result of this process is discussed by other identity constructions through myths promoted by the discovery and exploitation of regional examples of high culture that can be traced back to Tahuantinsuyo. This is the case of the departments of La Libertad and Lambayeque, where archaeological projects around the moche and chimeneas cultures are building a model of identity support that in different scenarios is confronted with the centralist idea of elevating pre-Hispanic Cusco institutions as the Peruvian paradigm of its origin.

Keywords: Identity; indigenism; nationalism; moche; culture

Introducción

Tras la capitulación de Ayacucho, en 1824, la extinción del virreinato peruano se hizo realidad, naciendo así la República del Perú. Desde ese momento, e incluso ya durante los gobiernos de José de Riva-Agüero y del marqués de Torre-Tagle, el nuevo Estado hubo de enfrentarse a las vicisitudes y dificultades que entrañaba ordenar un gobierno estable y reconocido en un ambiente marcial de caos político, confusión y pretensiones personales.

Al margen de problemáticas de origen político o económico, uno de los retos que tuvo que enfrentar la república recién nacida fue, al igual que anteriormente sus vecinos próximos, el de construir un nacionalismo, es decir, un sentido de identidad que tuviera como referencia a las nuevas instituciones peruanas recientemente edificadas. Conviene tener en cuenta que, a pesar de la forma en que comúnmente se llama al bando sublevado contra las fuerzas militares de la monarquía española, esto es, *patriotas*, el concepto de patria peruana no estaba todavía, en 1824, firmemente arraigado.

Por otro lado, junto con esta carencia inicial de identidad nacional consolidada, al margen del arraigo telúrico y de las evidencias distintivas que sí ostentaban los grupos indígenas del interior, la propia corriente cultural-nacional internacional, afectada por un notable eurocentrismo y la génesis del liberalismo, ponía de manifiesto la necesidad de sustentar —y legitimar— el nuevo concepto de Estado sobre el orden racional del imperio de la ley, por lo que era preciso vincular la idea de Estado de forma indistinguible e inseparable junto a la idea de nación. Se culmina así la supresión de las minorías étnicas, tornándose primordial extender un único perfil nacional sobre el conjunto del espacio geográfico jurisdiccional, así en Europa como en América. Al mismo tiempo que los esfuerzos políticos y militares se afanaban en borrar o disminuir los particularismos de las regiones periféricas europeas extendiendo un manto de homogeneidad cultural seleccionada entre quienes mayormente legitimaban el poder —es decir, eligiendo la cultura del grupo más numeroso y/o poderoso—, en Perú, y en el conjunto de América Latina, se prefirió centralizar todos los instrumentos institucionales en aquellas zonas cercanas a la capital o con mayor contacto con el mundo exterior, dando la espalda a aquellos territorios cuya cultura no se adaptaba al modelo fácilmente.

Elementos de prestigio en el Perú republicano

Como se ha dicho, la atmósfera castrense que se respiraba en los primeros años de independencia imponían un clima de caos político e inestabilidad de las instituciones. Esta preeminencia del ejército en la consecuencia político-social no va a limitarse, sin embargo, a la ostentación del poder.

En 1824, con los españoles recientemente rendidos y sin gozar todavía la nueva situación del debido reconocimiento internacional, no se va a perder en el olvido el colectivo institucional que ha conquistado la independencia, esto es, los militares sublevados. Esta realidad va a proporcionar al nuevo ejército y la pertenencia al mismo un importante prestigio social, lo que junto a las evidentes prerrogativas que de ello se dimanan, como es el uso de uniforme y armamento, y la alimentación regular, formará un primer sector de población vinculado con el poder y, con ello, al ideal de ciudadano. La capacidad para defender la nueva patria de ofensivas militares, ya provengan de España o de las repúblicas circundantes, proporcionaría a individuos como José de la Mar o Agustín Gamarra unas posibilidades reales de acercamiento a la responsabilidad política, con todas las ventajas que ello proporciona. Resulta muy representativo que incluso jefes de gobierno como Hipólito Unanue, de procedencia civil, fuesen retratados con uniforme militar.

De los veinte primeros hombres que administraron el gobierno tras la etapa bolivariana, sólo cuatro no procedían del estamento militar, tres de los cuales gobernaron bajo tutela de Agustín Gamarra (figura 1); sólo el arzobispo Francisco Javier de Luna Pizarro ostentó el liderazgo político sin ser militar ni estar manejado por militares; y gobernó por tan sólo un día.

Fig. 1: Primeros veinte gobernantes de la República del Perú desde el final de la dirección de Simón Bolívar sin contar con segundos o terceros mandatos

1	Andrés de Santa Cruz	6	Juan Bautista Eléspuru	11	L. José de Orbegoso	16	Juan José Salas
2	Manuel Salazar	7	Andrés Reyes	12	J. Francisco de Vidal	17	J. Bautista de Lavalle
3	José de la Mar	8	Manuel Tellería	13	Pedro Pablo Bermúdez	18	Juan Pío de Tristán
4	Antonio Gutiérrez	9	José Braulio del Campo	14	F. Santiago Salaverry	19	Manuel Menéndez
5	Agustín Gamarra	10	Fco. Javier de Luna	15	Juan Ángel Bujanda	20	J. Crisóstomo Torrico

Fuente: Elaboración propia a partir de Pease (1993)

Se señala con un sable quiénes fueron militares. El período se alarga desde el 28 de enero de 1827 hasta el 20 de agosto de 1842. Se manifiesta, por tanto, una importancia preeminente de la pertenencia a la institución castrense en la carrera hacia el poder, y de manera inherente, hacia el prestigio social.

De manera similar, y como cabía esperar en una sociedad con miras hacia el reconocimiento internacional, pueden contarse también otras actividades de prestigio, como fueron, en verdad, las profesiones liberales, los negocios y la explotación agropecuaria. Es decir, la posesión de grandes capitales o las actividades no manuales significaron también un importante vehículo para alcanzar reconocimiento social y posiciones políticas de alta responsabilidad. Tal vez se trató, incluso muy inicialmente, de ocupar el escalafón que previamente los españoles habían sido obligados a abandonar. En cualquier caso, la tenencia de la tierra y su explotación, dio perfil a una cultura de hacienda de carácter todavía muy significativo en el Perú. Propia de ella son la cría caballar y las actividades hípicas, la tradición vitivinícola costera e incluso una cierta idiosincrasia bien presentada en la música criolla, donde no faltan la elegancia y la galantería, el carácter adusto y distante, y el orgullo nacional y de clase; las poblaciones afroperuanas, tradicionalmente dedicadas a trabajar en las

plantaciones de algodón y caña de azúcar, desarrollarían también una cultura propia que legar al Perú costero contemporáneo.

Y, en relación con este último punto, se encontraba también el tercer elemento de prestigio social de los primeros años del Perú independiente: el color de la piel.

Durante aún bastantes generaciones, y hasta bien entrado el s. XX, no perdería su importancia la ventaja de contar con antepasados europeos. Tal condición podía ser reconocible en el cromatismo cutáneo o en los apellidos. Dicha clasificación social a partir del color de la piel es anterior a la independencia, y puede seguirse en ejemplos pictóricos ya en tiempos virreinales (figura 2). No obstante, con la emancipación del Perú, estas relaciones cobrarían nueva fuerza ante el acceso de los criollos a los otros elementos de prestigio.

Fig. 2: Pintura de castas virreinal



Fuente: Museo Nacional del Virreinato (Tepetzotlán, México).

Durante el s. XVIII fueron comunes en los palacios virreinales y arzobispales, como el de Lima. En ellos podían leerse, y observarse gráficamente, los resultados de cada combinación de razas habidas en el virreinato. Cabe añadir, sin embargo, que junto con todo ello fue manifestándose un fenómeno de connotaciones cambiantes llamado a describir los distintos niveles de acceso a la vida en la ciudad. Es así cómo cada vez más personas de origen mestizo van alcanzando posiciones sociales de prestigio, ya sea por su labor en las instituciones o por el crecimiento de su patrimonio. Este último fenómeno daría como resultado el Perú actual, en el cual es más difícil discernir de un solo vistazo entre potentados y clases medias, siendo no obstante, aún hoy, más sencillo que en Europa.

Por tanto, junto con el nivel o capacidad de acceso a las ciudades, donde empieza a acumularse el progreso y las expectativas en el s. XIX, podemos recapitular que el prestigio lo daba, en el primer Perú republicano, la pertenencia al cuerpo militar —especialmente la marina, que entonces manejaba la tecnología más sofisticada y que aún hoy goza de un importante reconocimiento—, la posesión de la tierra o el desarrollo de profesiones liberales, y el origen europeo o norteamericano, ya fuera visible en el color de piel o en los apellidos.

Estrategias iniciales del nacionalismo peruano

La República del Perú nació tarde en relación a los países de su entorno. Esa tardanza conllevó en sí misma una suerte de ventajas y desventajas. La parte más negativa, quizá, pudo ser el hecho de que, al tratar de litigar su propio territorio, tuvo que lidiar con potencias con ejércitos más consolidados (Basadre, 2005). Pero es la parte ventajosa la que más nos interesa, ya que pudo aprender del ejemplo de sus vecinos a la hora de definir una nacionalidad con que legitimarse.

Debe tenerse en cuenta que han pasado casi doscientos años desde la declaración de la independencia peruana y que, por ende, no es fácilmente imaginable un Perú sin peruanos. Sin embargo, los primeros pasos de la etapa republicana hubieron de darse a espaldas de una masa ciudadana y campesina que poco o nada confiaba en esta aventura. Todo país nuevo debe contar, ante todo, con un pueblo que lo legitime y dé forma a su cultura, pero en las repúblicas latinoamericanas, el desarrollo fue el revés: grupos militares levantiscos conformaron las primeras formas de gobierno, y éstas, de forma apresurada, tuvieron que replantear las bases sentimentales de su pueblo ante su patria venciendo un pasado virreinal demasiado reciente. Dicho de otra manera, mientras los primeros gobernantes se afanaban en construir un Estado casi de la nada, reutilizando o descartando los vestigios coloniales, tenían en sus manos una suerte de personas cuya única realidad reconocible era la que vinculaba a su tierra con España. Había que ponerle fin a eso en el arduo camino de construir una nueva patria.

El primer problema, en estos casos, es encontrar los argumentos con que sustentar los nuevos ideales nacionales; el segundo, limitar su enfoque; y el tercero, imponer la nueva idea sobre el conjunto de la población local.

El hallazgo de argumentos fue tarea difícil en Perú, ya que la población indígena y su rico legado no gozaban todavía de tan alta consideración como ahora. Las riendas del Estado las sujetaban, como hemos visto, las fuerzas militares lideradas por los blancos, herederos directos de europeos, en ocasiones demasiado cercanos (Pease, 1993). Sin embargo, la cultura española de los criollos, con el gusto por la cría caballar, los viñedos y cultivos de plantación, formas casi ibéricas de vestir y de pensar, no servían para marcar la diferencia contra España. La República del Perú necesitaba el reconocimiento internacional si quería convertirse en un país, incluso después de derrotar en Ayacucho a los realistas. En el primer cuarto del s. XIX, en verdad, bastaba el reconocimiento de las tres grandes potencias para consumarse: Inglaterra, Francia y Estados Unidos, quienes siempre observaron estas experiencias como buenas oportunidades de expansión. Y, para justificar la independencia, especialmente hacia su propia gente, el Estado debía definirse claramente y al margen de su pasado virreinal. No podía ser, por tanto, que cambiara todo sin merced a cambiar nada. Y así, como ocurrió también en las repúblicas vecinas, el único sustento del ideario de la patria fue, por un lado, la veneración de sus próceres, y por otro, la oposición a España. No se podía hacer de otra manera prescindiendo de los indios, cuya verdadera originalidad y particularismos habrían

bastado para definir la nueva patria de no ser por el fortísimo racismo de quienes gobernaban el país y dirigían su economía.

Por todo esto, personajes célebres de la conquista, antes respetados, fueron definidos como bárbaros, miserables, estúpidos y crueles; tal vez, cuatro apelativos de la más baja consideración en una sociedad moderna como aquella, pero era necesario deslegitimar la dominación hispana ahondando en sus raíces, aunque ello conllevara sumergirse en la historia a trescientos años de profundidad. Las revueltas de José Gabriel Condorcanqui y de Julián Apaza, aunque de dirección indígena, fueron parcialmente recuperadas y reformuladas con objeto de manifestar hasta qué punto cabía esperar la excesiva severidad de España.

Con posterioridad, otros personajes célebres, ya peruanos, elevados a la categoría de héroes nacionales, suplantarían con mucho a los próceres de la patria. Tal es el caso de Alfonso Ugarte y Miguel Grau.

Respecto al segundo problema, referido a delimitar el sujeto poblacional sobre el que volcar esta nueva realidad, la aventura de un Perú republicano e independiente, difícilmente se pudo hacer contando con los más mayores, quienes vivían ya demasiado acostumbrados a la experiencia virreinal. De entre los más jóvenes, el esfuerzo más fructífero se enfocó hacia los niños, que ni conocían la política, ni la mayor parte de las realidades socioculturales heredadas de la metrópoli europea. Ellos sí podían aprender que el Perú era una república independiente y soberana.

Resulta complicado imaginar, como se ha dicho, un Perú sin peruanos, pero la nueva idea de Estado no cundió de forma inmediata entre sus pobladores, sino que hubo que aculturar a sus más tiernas generaciones hasta conseguir un pueblo convencido. Conforme fueron desapareciendo los viejos, y los jóvenes tomaban posiciones, la propuesta nacional peruana se fue gestando. Puede verse esta intención en algunas publicaciones vetustas que, con clara intención, fueron escritas para enfervorizar y convencer de las bondades de la nacionalidad peruana, como algunas de Ismael Portal (1917), ya muy tardías, dedicadas expresamente a la juventud de su país.

Sin embargo, el instrumento primordial para enfatizar sobre el nacionalismo y que éste calara en las mentes de los más pequeños, fue sin duda el sistema educativo republicano, que utilizó la historia para asentar una historia maniquea de héroes y villanos, sencilla y compacta, apropiada para inculcar ideas a los niños, que por otro lado también se enseñó, adaptándose a las temáticas concretas, en las escuelas primarias de España, Francia o Inglaterra.

El tercer problema, finalmente, pudo resultar quizá más agresivo para con los mismos peruanos, ya que imperaba entonces la idea de Estado-Nación: a cada nación, su propio Estado, y la República del Perú es rica en diversidad cultural, esto es, cuenta con una buena variedad de naciones. Se hizo necesario, es decir, para avanzar por el camino que nos es conocido, aplastar cualquier forma de particularismo que se atreviera a lidiar con la idea preconcebida de nación única peruana. La argumentación central y centralizadora del Estado debía calar rápida y eficazmente en busca del reconocimiento internacional, y quienes dirigían su gobierno no se podían permitir que nuevas realidades políticas surgieran en derredor de la suya por el hecho de contar con una cultura diferente (Pease, 1993, p. 44). Y, cuando la búsqueda de un argumento cultural dio el encuentro como resultado, como el caso de la corta experiencia peruano-boliviana, no faltó quien cortara esas propuestas de raíz en aras de un equilibrio de poder en América del Sur. Fue así que, pese al prolongado alcance de la soberanía peruana, que a pesar de las cesiones de territorio padecidas supera con mucho el millón de kilómetros cuadrados de superficie, el éxito de su homogeneización cultural fue bastante

escaso; precario en algunos puntos. Como cabía esperar, las zonas más alejadas de los centros de poder, conservaron prácticamente el total de su cultura, en ocasiones, incluso, más autodefinida que bajo el yugo virreinal. Todavía hoy, y pese a los múltiples avances y adelantos que permiten hablar de un Perú compacto y perfectamente consolidado, existe el pensamiento de que Lima vive de espaldas a la sierra y a la selva. El desarrollo de la calidad de vida, la implementación de la tecnología y las comodidades del s. XXI, como pueden ser la conexión telefónica o de internet, e incluso el agua potable y los sistemas de calefacción, no le llegan al conjunto del país. Y, sólo bajo el mandato de Alberto Fujimori (1990 – 2000), pudo llevarse a cabo una intensificación de la iluminación eléctrica en el interior (Dammert, Gallardo y García, 2005, pp. 60-66).

Junto al plano económico, las ciudades costeras principales siguen manifestando un convencimiento de su propia definición de patria que dista en mucho de las que pueden estudiarse en la sierra y en la selva.

El componente indígena en el Perú moderno y la puesta en valor de lo incaico

Tras el análisis anterior, cabe preguntarse cuál fue el papel de las naciones indígenas peruanas. La necesidad del estudio salta a la vista ante la exclusión de estos grupos de todos y cada uno de los elementos que, tal como se ha visto, daban relevancia y reconocimiento: ni habitaban generalmente en las ciudades —por lo que les era imposible acceder a ninguna clase de niveles formativos académicos o participar de la vida política, esto es, escalar socialmente—, ni pertenecían al estamento militar, ni eran propietarios de grandes lotes de tierra, ni participaban de los negocios, ni eran herederos de extranjeros de origen europeo.

Visto así, resulta en verdad muy poco halagüeña su posición y su papel en aquel Perú, en el que, efectivamente, fueron la parte más maltratada y débil. Incluso los hijos de esclavos y libertos, de raza negra, que la lógica del estudio sociológico llama a definir como el estrato inferior de aquella sociedad, comenzaban a gozar de ciertos niveles de progreso como consecuencia de su cercanía a las ciudades de la costa y centros de poder (Arrelucea y Cosamalón, 2015, pp. 135-152).

Se origina, por tanto, una sociedad de castas en Perú, herencia del viejo sistema pictocrático virreinal. Sin embargo, a partir de la década de 1920, con la llegada de las tesis indigenistas, América Latina, en su conjunto, comienza a experimentar un cambio de mentalidad. Motivado por la avidez de nuevos símbolos, casi todo el continente empieza a revalorizar antiguos personajes del pasado precolombino, a veces casi míticos, cuyo papel en la historia resultó significativo para el desarrollo estatal de los viejos imperios indígenas, o especialmente destacado, caso de las áreas tropicales, en la resistencia frente al invasor europeo.

Si bien es cierto que varios de estos personajes se han visto potenciados por el socialismo y las políticas panamericanistas (Hernández y Chaudary, 2015, p. 9), como el caso de los caciques Tiuna y Guaicaipuro en Venezuela, en el caso del Perú y de México destacan no sólo sus nombres y sus obras, sino todo lo relacionado con los grandes imperios hegemónicos: el Estado incaico y la confederación mexicana.

Por centrarnos en el caso peruano, pueden ponerse de relieve las figuras de Manco Cápac y Pachacútec: al primero de ellos, legendario fundador, se le atribuye la fundación del Tahuantinsuyo; al segundo, haber aportado su visión y fortaleza al imperio incaico, convirtiéndolo en el Estado más poderoso del área andina (Rostworowski, 1988). Estos dos hombres, que podrían sumarse a otros como Túpac Yupanki, Atahualpa e incluso Túpac

Amaru II, no acumulan, empero, toda la carga de arraigo identitario de la que se ha servido el Estado peruano para su reconstrucción nacionalista. Otros aspectos más sociales y cotidianos, pero también en consonancia con el indigenismo, aportan al nacionalismo una fuerte y renovada dignidad de patria. Tal es el caso del desarrollo agrícola, del perfeccionamiento artístico y artesano, del depurado estilo arquitectónico, y cualesquier otras formas de manifestación productiva. A todo ello se le ha sumado la pureza inocente del indio, mito muy asumido en América, que continúa las tesis más ingenuas del *buen salvaje*. A través de éstas, al considerar al indígena muerto un tipo humano libre de cualquier determinación maliciosa, se refuerza la idea de un Tahuantinsuyo compacto e incorrupto sólo mancillado por la llegada del hombre blanco. Es importante, sin embargo, hacer énfasis en el concepto de *indígena muerto*, el tipo humano precolombino, ya que los actuales pobladores nativos no gozan de tan alta consideración al haber aprendido, cabe suponer, los malos usos de los europeos.

Todos estos elementos elevan al Tahuantinsuyo al papel de *antepasado natural del Perú*, es decir, estableciendo la ficción de que los trescientos años que separan ambas realidades (1535 – 1821) no son más que un paréntesis carente de aportes relevantes. Al margen de los problemas historiográficos que plantea esta insostenible suposición, lo cierto es que, como construcción ideológica, ha servido bien y eficazmente al impulso nacionalista.

Actualmente, la vinculación que el ciudadano peruano hace entre la República del Perú y el Tahuantinsuyo, está fuertemente definida. Pese a ello, el período virreinal, de escaso interés como fuente de recursos identitarios, no es desconocido.

Por lo tanto, y a modo de resumen, tenemos un Perú que desea ser considerado heredero legítimo de las grandes obras del imperio incaico, y que encuentra en él su antepasado natural.

Explotación nacionalista del incario

En el ámbito del turismo, del mismo modo que el potencial económico y financiero del Perú se centra en su capital, prácticamente todo el empuje y estímulo para conocer los sitios arqueológicos de cultura inca, se ubican en Cusco y alrededores.

Los sitios arqueológicos incaicos de Maranga y Pachachámac, en el departamento de Lima, son la evidencia empírica de la presencia institucional del Tahuantinsuyo, ya en los albores de su apogeo. No obstante, y pese a la repetida limitación geográfica del incario, extendida desde el Ecuador hasta el Maule (Chile), es en Cusco donde se concentra la mayor parte de los esfuerzos propagandísticos que entraña poner en valor su arqueología.

El gran templo sagrado del Qoricancha, antes Inticancha, ultrajado por la cristiandad en tiempos coloniales, refleja la grandeza del Estado incaico. Rodeando sus altares sacrificiales, envuelven las estancias los perfectos muros de sillar de piedra, pulida con precisión milimétrica, arte muy considerado en el Perú moderno, que ha aprendido a valorarlo como muestra inequívoca de la inteligencia andina, así como del diligente trabajo de sus pobladores.

La fortaleza de Saqsayhuamán, también en Cusco, sirve de ejemplo de lo que fue la fuerza y la capacidad de congregación que tuvo el Estado incaico, ya que cuenta con piedras pulidas cuyo enorme peso necesitó del trabajo conjunto de cientos de personas.

Sin embargo, el símbolo arqueológico que en mayor medida representa el legado incaico, y de hecho también al Estado peruano, es la ciudadela de Machu Picchu. Sobre una altura de 2.500 m.s.n.m., y levantado sobre la ceja de selva o selva alta, la belleza de sus paisajes y la dificultad que debió entrañar el transporte de sus piedras, sintetizan muy eficazmente ese

pasado al cual quiere verse vinculado buena parte del pueblo peruano. Es, además, legado arquitectónico y urbano adjudicado a la gestión de Pachacútec, considerado por la historia como el gran artífice de la grandeza del Tahuantinsuyo (Rostworowski, 1988).

Existen en el departamento de Cusco otros buenos ejemplos del ingenio de los incas, como los muros de su capital, el sitio de Tambo Machay, la fortaleza de Puca Pucara, o las ciudades de Písaq y Ollantaytambo, donde los andenes o terrazas agrícolas revelan el impulso dado al desarrollo de la agricultura, ya por el inteligente aprovechamiento de los pisos verticales (Murra, 1975), ya por el intenso esfuerzo en conseguir una vasta variedad de cultivos, entre los que destacan las muchísimas especies de maíz y papa.

Existen testimonios del poderío incaico diseminados por todo el Perú en departamentos como Puno, Arequipa, Apurímac, Junín, Huancavelica, Cajamarca o Cerro de Pasco, así como en Lima y en el propio Cusco. Empero, es también conocida la presencia de los incas en Chile, Argentina y Ecuador, por ejemplo en forma de sacrificios de *cápac cocha*¹ en Lullaillo (Ceruti, 2012) o en el caso del niño del Cerro el Plomo (Rodríguez *et al.*, 2011; Sanhueza *et al.*, 2005). Estas manifestaciones, aunque extranjeras, son asimiladas como parte de la grandeza de las propias al formar parte del pasado incaico.

La arqueología como motor del impulso nacionalista

En el epígrafe anterior hemos visto algunos ejemplos muy representativos del pasado incaico, algunos incluso situados allende las fronteras del Perú. El significado de estas evidencias arqueológicas, sin embargo, va mucho más allá de la mera comprensión científica del pasado, principal impulso del investigador. Para el mundo moderno, no se comprende la arqueología como algo exento de funcionalidad pragmática.

La industria del turismo, nacida principalmente para atraer capitales hacia puntos de interés cultural, de ocio o de confort, juega un rol primordial en la difusión de los yacimientos como depositarios de una importante trascendencia cultural, ya sean entendidos como de interés erudito o intelectual, ya como antepasados históricos de los cuales bebe la idiosincrasia moderna de los pueblos. Es así que, cuando se muestra al mundo una ciudadela como Machu Picchu, no sólo se está enseñando de qué fue capaz el pueblo dominado por los incas, sino también hasta dónde llega la grandeza del Estado peruano y de las personas que lo integran.

Este servirse de los logros de los antepasados para sustentar la mayor importancia del presente, es clave para entender la relevancia de las inversiones que los gobiernos destinan al turismo, de modo que la trascendencia de Machu Picchu rebasa las barreras de la arqueología. Explotado económicamente como un reclamo turístico de primer nivel, ha sido elevado a la categoría de símbolo político del Perú. Su sola imagen se ha convertido en un eficaz identificador del país entero, por lo que se ha generalizado en las propuestas turísticas que tienen a Perú como destino, muy por encima de otros interesantes puntos de interés cultural como Nazca, Kuélap o Chan Chan; de hecho, el eslogan de *país de los incas*, se ha popularizado sin apenas discusión.

Se observa, por tanto, que la labor de la arqueología no se reduce a la investigación de las evidencias con un método científico, sino que incluye entre sus funciones labores de

¹ Ritual andino de marcha procesional hacia adoratorios situados en los *apus* o cerros sagrados, a los que debían entregarse ofrendas. El ceremonial podía terminar con el sacrificio de animales y/o de personas en las cimas y otras posiciones elevadas de las montañas, generalmente de gran altura (Martín, 2009, pp. 194; Rostworowski, 1988, pp. 320).

divulgación. De estas tareas nacen, precisamente, los esfuerzos de concientización y responsabilidad social, que pueden ser un instrumento político al generar entre la gente un vínculo sentimental con su pasado, del que aprende a sentirse íntima participe. De este sentimiento de pertenencia a los pueblos del pasado, en conjunción natural con el arraigo telúrico, nace una renovación del nacionalismo. El individuo, asimilado culturalmente a un contexto sociopolítico determinado, descubre la oportunidad, gracias a la arqueología, de verse involucrado en un complejo proceso de desarrollo y transformación que deja numerosos ejemplos de inteligencia, de fervor guerrero, de habilidad organizativa e incluso de justicia, con los que resulta especialmente cómodo relacionarse. Se presenta la oportunidad de redescubrir el pasado y la propia grandeza de uno mismo, con lo que el vínculo con la nación produce raíces más profundas.

Así, el papel histórico del Tahuantinsuyo, de no ser por la arqueología, no habría logrado cimentar un espíritu nacionalista sobre la obra de los incas.

Cultura moche como base de la identidad de un nacionalismo peruano

Del mismo modo que la cultura inca ha servido de sustento al nuevo nacionalismo peruano nacido del estudio del esplendor indígena, toda vez que, todavía hoy, cabe insistir, se valora especialmente la dignidad del sujeto histórico frente a la del poblador nativo actual, otros logros arqueológicos han ido poniendo de manifiesto que la trascendencia histórica de los Andes no se enfoca exclusivamente en el incario, todo lo más, de hecho, en la idea de que el esplendoroso imperio de los incas fue, tan sólo, la última y más poderosa versión de la civilización andina.

Antes de que surgiera en Cusco la primera simiente de lo que fue después un gran imperio, el del Tahuantinsuyo, pudieron contarse, sólo en el Perú, múltiples sociedades diferentes nacidas, desarrolladas y desaparecidas a lo largo de decenas de miles de años. Cada una de ellas, en un proceso lento y minucioso, legó a la cultura andina una suerte de adelantos técnicos e influencias culturales que más tarde los incas absorbieron. Las múltiples variedades de papa y de maíz, a las cuales nos hemos referido anteriormente, son parte de ese interesante proceso. Y junto a la domesticación de especies vegetales y animales, debe considerarse también el complejo y variado desarrollo cerámico, orfebre y constructivo, por citar sólo algunos elementos deslumbrantes de la cultura material andina.

El primer ejemplo de Estado americano ha sido investigado en el Perú, datado aproximadamente en el 2.900 a.C. junto al valle de Supe, en el departamento de Lima (Shady, 2005). Desde entonces, otros magníficos ejemplos han sido atestiguados por todo el territorio peruano. Algunas de las más descollantes sociedades prehispánicas peruanas que fundaron y administraron estados son: caral, chavín, nazca, huari, recuay, cajamarca e inca. Varias de ellas, desde el punto de vista que atañe al presente artículo, sólo han apoyado las tesis centralistas de un indigenismo que sustenta el nacionalismo peruano en general, como es el caso de caral o de chavín, pero otras, como huari, aportan a esta conjunción de fuentes identitarias un enfoque que se opone en cierta medida a la idea de que la República del Perú procede directamente del Tahuantinsuyo, ya que esta civilización centroandina, la del pueblo huari, fue también guerrera, hegemónica y conquistadora (Nash, 2012). Como puede verse, valores como la fuerza y la habilidad organizativa, se valoran bastante a la hora de asimilarse a los antepasados, pero también el mejor y más avanzado estado de los estudios arqueológicos, que al dar a conocer la complejidad de estas culturas, ayudan a su comprensión y a su asimilación.

La arqueología de los departamentos de La Libertad y Lambayeque lleva más de cien años descubriendo importantes vestigios de diversas sociedades perfectamente institucionalizadas en forma de estados. Entre ellas, pueden destacarse las culturas chimú y moche. Esta última, extendida entre los valles fértiles del río La Leche y del Huarvey (Canziani, 2003, p. 203), ha revelado la existencia de una rica cultura material, especializada en la cerámica y en la orfebrería, cuyo desarrollo aventaja al europeo². A lo largo de ocho siglos entre el s. I y el IX d.C., ha dejado también muestras de esplendor ceremonial y arquitectónico.

La magnitud y espectacularidad de algunos de los sitios arqueológicos investigados, además, incrementa progresivamente su potencial turístico, especialmente desde el hallazgo del célebre Señor de Sipán en 1987 (Alva, 1988) y el inicio de los trabajos en Huaca de la Luna a principios de la década de 1990 (Uceda y Castillo, 2008) (figura 3).

Fig. 3: Patio 2 o de Los Rombos de la Huaca de la Luna, en Trujillo – Perú



Fuente: el autor

Sus relieves policromos sobre adobes presentan una composición muy compleja.

Este incipiente y joven esplendor arqueológico, al verse acompañado de otra suerte de hallazgos destacables en todo el área de la costa norte, como los trabajos en la residencia palacial de Chan Chan, del período chimú —s. XI a XIV—, ha generado no sólo una latente y cada vez más fuerte industria turística en la zona, sino también una renovada concientización de base indigenista en derredor de sus cuencas fluviales. Además, la cada vez mayor conciencia respecto a la importancia del pasado, que está logrando importantes avances contra el *huaqueo*³, está siendo inteligentemente aprovechada y potenciada por los proyectos arqueológicos con campañas de divulgación gratuita entre las poblaciones aledañas a las

² Véase, por ejemplo, su técnica para dorar el cobre, mil años anterior a su desarrollo en Europa mediante electrolisis.

³ En Perú: saqueo del patrimonio arqueológico.

*huacas*⁴ y ofertas laborales y de formación destinada a los trabajos arqueológicos. Son especialmente emocionantes las campañas enfocadas a los niños, a las amas de casa y a los *huaqueros*, quienes habían hecho del expolio del patrimonio cultural arqueológico una forma de vida.

Cabe destacar los esfuerzos económicos de la cervecera Backus, que financia algunos proyectos de elevado potencial turístico, o la de fundación Wiese, cuyas campañas en el valle de Chicama han logrado convertir a la Señora de Cao en un antepasado reconocido y venerado por la gente. Su hallazgo en 2006 es una muestra de cómo los sistemas patriarcales son dignos de ser revisados en la costa norte (Franco, 2008), ya que siendo mujer ostentó el gobierno.

Finalmente, puede observarse una tendencia especialmente positiva respecto a la recuperación de lo mochica. Por ejemplo, su lengua, el *muchik*, olvidada por las campañas de fomento de otras lenguas indígenas más extendidas, como el aymara o el quechua, antiguo idioma de los incas, y desde luego por la implacable expansión del castellano, intenta hoy ser recuperada y conservada.

Todo este conglomerado de circunstancias y esfuerzos por recuperar la memoria arqueológica y la cultura de la sociedad mochica, está inevitablemente despertando un regionalismo identitario en el área de la costa norte, un regionalismo que compite con el centralismo del fomento de lo incaico a diversos niveles, desde aquellos susceptibles de atraer capitales, como el turismo, hasta hoy rigurosamente imperado por la imagen de Machu Picchu, hasta otros de índole meramente sentimental como es el reconocimiento de lo propio frente a lo ajeno o, más explícitamente, la aparición incipiente de un nacionalismo mochica, es decir, una conciencia defendida frente a lo incaico —y desde luego lo europeo— de autodefinirse como moche o descendiente y no como inca, como ocurre en las áreas principales del viejo dominio del Tahuantinsuyo y en las ciudades de la costa sur y centro.

Resulta interesante apreciar cómo lo incaico, en su extensión antropológica, ha ocupado un rol principal en la tarea de recuperación de la memoria indígena y cómo, desde hace apenas veinte años, está siendo discutido por lo norteño o de la costa norte, donde los mochicas, con su pretérito esplendor reconocido, asumen lo más duro en ese pulso.

Es pues un indigenismo contra otro, una presunción de originalidad estatal contra una presunción de originalidad nacional que, como llave maestra, puede abrir la puerta a futuras reivindicaciones regionales de su propio pasado indígena, poniendo de manifiesto, por primera vez en el Perú republicano, que no hubo una única sociedad compacta en el Tahuantinsuyo sino que fue una elite política y guerrera la que dominó los Andes entre los siglos XIV y XVI, desde los manglares del Ecuador hasta la orilla norte del Maule, en los que no faltaron particularismos y heterogeneidades, dominantes y dominados, y directores del Cusco y servidores doblegados al poderío de los incas. Todos ellos dejaron su impronta en la cultura y en la historia, y la recuperación de su memoria se hace una labor imprescindible.

Conclusiones

El poder de un Estado democrático y joven, como lo es todavía el Perú, a las puertas de su segundo centenario de existencia, dimana del reconocimiento y convencimiento de sus pobladores. Sin embargo, al romperse los lazos de continuidad histórica y verse ésta truncada

⁴ En Perú: evidencia arqueológica de arquitectura prehispánica.

por la intromisión de poderosos imperios extranjeros, se hace constantemente necesaria una renovación de los vínculos de afinidad para con la idea de patria, una afinidad siempre discutida por la influencia aplastante de las culturas de países más desarrollados. Frente a ello, desgastados símbolos patrióticos de los próceres de la independencia y de los héroes de la Guerra del Guano y del Salitre, mayormente mártires, y comprendido que no existe un Perú ajeno a los indígenas y sus culturas, se hace necesaria la recuperación y explotación de la memoria arqueológica. Y así, frente al dominio patente del incario entre las fuentes de obtención de ejemplos de alta cultura, poder y desarrollo, preponderante desde la aparición del indigenismo hasta nuestros días, ha aparecido en el Perú una llave capaz de abrir la puerta a la incorporación de las culturas de los dominados por los incas, como los chimú, o de culturas como la moche, cuyo desarrollo se remonta a tiempos muy anteriores a la fundación del Tahuantinsuyo.

Sin embargo, y en aras de una asimilación global de la idea peruana de nación como conjunto de múltiples culturas, ha resultado de enorme eficacia la instrumentalización del recuerdo incaico. La decoración escultórica urbana, por ejemplo, antes reservada a los héroes militares y a políticos de especial trascendencia, dedica espacio, poco a poco, a señores indígenas de los que no sabemos casi nada, como Manco Cápac, que preside altivo y orgulloso una transitada encrucijada de avenidas del centro de Lima. Empero, en el norte, mientras tanto, son las imágenes de la Señora de Cao y del Señor de Sipán las que empiezan ahora a venerarse como lícitos antepasados; señalado es el hecho de que, a su regreso de Alemania en 1993, donde había viajado para ser restaurado con los medios técnicos de aquel país, fuera recibido en Lima con todo tipo de homenajes con categoría de Jefe de Estado. También el rostro de Ai Apaec, deidad mochica, empieza a aparecer decorando murales en Trujillo, ciudad próxima a la Huaca de la Luna, aunque sea de momento gracias a la improvisada espontaneidad de anónimos neoartistas urbanos.

El alma moche florece gracias a la arqueología, y con ella una nueva forma indigenista de entender el nacionalismo peruano

Referencias Bibliográficas

Alva, Walter (1988): “Discovering the New World’s Richest Unlooted Tomb”. *National Geographic Society*, 174, N°4, pp. 510-555. Washington D.C.

Arrelucea, Maribel y Cosamalón, Jesús A. (2015): *La presencia afrodescendiente en el Perú*. Ministerio de Cultural. Lima.

Basadre, Jorge (2005): *La guerra con Chile: sus orígenes y declaratoria*. Lima.

Canziani, José (2003): “Estado y ciudad: revisión de la teoría sobre la sociedad Moche”. En *Moche: hacia el final del milenio. Tomo II. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 1 al 7 de agosto de 1999)* (Santiago Uceda y Elías Mújica eds.), pp. 287-311. Universidad Nacional de Trujillo - Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.

Ceruti, María Constanza (2012): “Los niños de Llullaillaco y otras momias andinas: salud, folklore, identidad”. *Scripta Ethnologica*, vol. XXXIV, pp. 89-104. Buenos Aires.

Dammert, Alfredo, Gallardo, José y García, Raúl (2005): *Reformas estructurales en el sector eléctrico peruano*. Organismo Superior de la Inversión en Energía (OSINERG). Lima.

- Franco, Régulo (2008): “La Señora de Cao”. En *Señores de los Reinos de la Luna* (Krzysztof Makowski ed.), pp. 280-287. Fondo Editorial Banco de Crédito del Perú. Lima.
- Hernández, Dilio y Chaudari, Yudi (2015): *La Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América – Tratado de Comercio de los Pueblos. Vigencia y viabilidad en el actual contexto venezolano y regional*. Fundación Friedrich Ebert (FES). Caracas.
- Martín, María del Carmen (2009): “La cosmovisión religiosa andina y el rito de la Capacocha”. *Investigaciones sociales*, vol. 13, N°23, pp. 187-201. Lima.
- Murra, John (1975): “El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas”. En *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, pp. 59-113. Instituto de Estudios Peruanos (IEP). Lima.
- Nash, Donna J. (2012): “El establecimiento de relaciones de poder a través del uso del espacio residencial en la provincia Wari de Moquegua”. *Bulletin de l’Institut Français d’Études Andines*, N° 41 (1), pp. 1-34. Lima.
- Pease, Franklin (1993): *Perú: hombre e historia, vol. 3. La República*. Fundación Edubanco. Lima.
- Portal, Ismael (1917): *La independencia del Perú*. Librería e Imprenta Gil. Lima.
- Rodríguez, Héctor; Noemí, Isabel; Cerva, José Luís; Espinoza-Navarro, Omar; Castro, María Eugenia y Castro, Mario (2011): “Análisis paleoparasitológico de la musculatura esquelética de la momia del cerro El Plomo, Chile”. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, vol. 43, N° Especial 1, pp. 581-588. Santiago de Chile.
- Rostworowski, María (1988): *Historia del Tahuantinsuyu*. Instituto de Estudios Peruanos (IEP). Lima.
- Sanhueza, Álvaro, Pérez, Lizbet,; Díaz, Jorge,; Busel, David; Castro, Mario y Piérola, Alejandro (2005): “Paleoradiología: estudio imagenológico del niño del cerro el plomo”. *Revista Chilena de Radiología*, vol. 11, N°4, pp. 184-190. Santiago de Chile.
- Shady, Ruth (2005): “Caral-Supe y su entorno natural y social en los orígenes de la civilización”. En *Investigaciones Sociales*, N° 14, pp. 89-120. Lima.
- Uceda, Santiago y castillo, Luis Jaime (2008): “The Mochicas”. En *Handbook of South American Archaeology* (Helaine Silverman y William H. Isbell eds.), pp. 707-729. Nueva York.